

« Antepondrás bien pronto su presencia.
 « Su amor de todo amor se diferencia
 « En que , en el uno , el pecho
 « Ora temor, ora disgusto lima ,
 « En tanto que , en el suyo , satisfecho
 « Sola con verla el corazón se estima.
 « Aprender has allí que hay mas de un medio
 « De desterrar de la existencia el tedio ,
 « Sin músicas , sin danzas ni festines.
 « Al trono que custodian serafines
 « Elevándote allí , verás cual palma
 « Obtienen sin esfuerzo
 « Sobre todos los goces los del alma. »
 Léjos aun de la segura orilla ,
 Platicaban así cuando , de pronto ,
 Sobre las olas una escuadra brilla
 Mandada por la maga fementida,
 Que el bien perdido recobrar desea,
 Aun cuando á costa sea
 De su reino , sus gentes y su vida.
 A su mandato bruma
 El ágil remo la salobre espuma;
 El mar, la tierra zumban
 Y las etéreas bóvedas retumban.
 « En descubrir tu escudo ¿ qué difieres ,
 « Si muerte ó esclavitud sufrir no quieres ? »
 Dice á Roger el viejo ;
 Y desgarrando él mismo la cubierta ,
 Deja con su reflejo
 A Alcina y á su gente como muerta.
 Esto viendo de lo alto de una roca
 Un centinela, la campana toca,
 A cuyo son acorre de concierto
 La gente toda del vecino puerto.
 Cuatro damas acuden; la valiente
 Andrónica, Dicila, tan famosa
 Por su virtud; Fronesia la prudente;
 Y en fin la recatada Sofrosina,

Que, por esta razón, al caballero
 Con mas ardor atiende y mas esmero.
 Debajo del palacio estaba anclada
 La formidable armada,
 Que, á la primer señal, al primer grito,
 Salió para el combate apercebida.
 Sangrienta fué, reñida en mar y tierra,
 La lid en que la maga fementida
 Perdió los frutos de su injusta guerra.
 ¡ Cuántas veces contraria fué la lucha
 A quien seguro el triunfo contemplaba!
 Del éxito era mucha
 La esperanza que Alcina alimentaba;
 Mas, en vez de lograr hacerse dueña
 De aquel que la desdeña,
 Incendiada y deshecha ve su flota,
 Y solo huyendo en una frágil barca,
 Logra evitar la universal derrota.
 Inconsolable, empero,
 Por la ausencia de aquello que mas ama,
 Copioso llanto de dolor derrama;
 Y se acrecienta su dolor profundo
 Al pensar que es eterna como el mundo.
 ¡ Cuán gozosa, si dado á una hechicera
 Fuera el morir, el tósigo bebiera
 Cual la soberbia emperatriz del Nilo,
 O, cual la reina de Cartago, el filo
 Del puñal contra el pecho dirigiera!
 Salta á tierra Roger, y, dando al cielo
 Gracias cumplido al contemplar su anhelo,
 Hacia el palacio parte do domina
 La casta hermana de la torpe Alcina.
 La piedra de que ha sido edificada
 Esta rica y espléndida morada
 Al mas puro diamante en precio excede
 Y del Oriente á la mas fina perla.
 Solo despues de verla
 Riqueza tanta concebirse puede;

Y, en medio de tan gran magnificencia,
Alucinada el alma no se atreve
A decidir si á la materia debe
O al trabajo otorgar la preferencia.

Esta piedra sin par, cuyo reflejo
Del reflejo del sol se diferencia
En que jamas se oculta ni se empaña,
Forma brillante espejo
Que á quien se mira en él jamas engaña,
Pues ni hipócrita adula,
Ni débil los defectos disimula.

Sobre altísimos arcos, que puntales
Parecen ser de la celeste esfera,
Jardines hay allí, cuyos iguales
Difícil ver aun en llano fuera.
Por cima del luciente parapeto
Su copa elevan el lozano abeto
Y miles de frutales
Que cada abril que torna
De nueva fruta y nueva flor adorna.

Crecer no suelen árboles tan bellos
Fuera de esos magníficos jardines,
Ni nacen fuera dellos
Rosas, lirios, violetas ni jazmines
Cuyas frentes ufanas
Sobrevivan al sol de dos mañanas;
En vez que allí perpetua es la verdura,
No tanto porque, mas que en otra parte,
Sus tesoros prodigue la natura,
Cuanto porque, con pena, estudio y arte,
En mansion de delicia y abundancia
Transformó Logistila aquella estancia.

Contenta, alborozada
Del noble paladin por la llegada,
Ordena el hado que por varios modos
En obsequiarle se complazcan todos.
Con Astolfo Roger allí se encuentra
Y los demas guerreros

De Alcina, no hace mucho, prisioneros,
Así que uno ó dos dias descansaron,
Roger y el duque, á cual mas impaciente
Por volver á los reinos de Occidente,
A Melisa rogaron
Preguntase el camino
Que, en ménos tiempo y con menor fatiga,
Conduzca á cada cual á su destino.

Pensarlo ofrece la hechicera amiga,
Pero dos dias para hacerlo pide;
Y espirados, decide
Que á la aquitana playa
Sin mas demora vaya
El buen Roger con su corcel alado,
Así que ella entregado
Haya al primero un freno con que rija
Del segundo la furia y la dirija,
Y en seguida le muestra
Lo que ha de hacer si quiere alzar el vuelo,
O descender al suelo,
O girar á derecha ó á siniestra.

De tan docta maestra
Las lecciones bien pronto aprovechando,
A su antojo Roger al bruto guia,
Y á Logistila dando
Gracias por su benévola acogida,
« Agur, » le dice, y pártese en seguida.

Al britano caudillo
Dejemos un momento, que mas tarde
En la corte de Carlos, con gran brillo,
De su valor podremos
Verle mas de una vez hacer alarde;
Y con Roger marchemos,
No ya por el camino que siguiera
Cuando, mal de su grado,
Del bruto desbocado
Siguió la velocísima carrera,
Mas por aquel que voluntario toma

Hoy que á su antojo lo gobierna y doma.
Partiendo de la España, en línea recta
Vuela hácia el oriental indico imperio.
Por diverso camino

Tornar queriendo á ver nuestro hemisferio,
Traspasa el suelo chino
Entre Mangiana y el Catay. Volando
De allí sobre las cumbres del Imao,
A su diestra dejó la Sericania.
Desde la Escitia el vuelo declinando,
Al sármata observó, vido al de Hircania,
Y, el Asia abandonando,
En Rusia entró y en Prusia y Pomerania.

Bien que el hallar de Amon á la doncella
Su solo fuese y su ferviente anhelo,
Perder no quiso una ocasion tan bella
De ver países. Dirigiendo el vuelo
Hácia Polonia, pues, baja hasta Hungría;
De allí remonta á la Hiperbórea tierra
Y las costas recorre de Germania,
Hasta tocar en fin las de Inglaterra.

Mas no penseis, señor, que en tantas leguas
No diese Roger treguas
Del Hipogrifo á las veloces alas,
Que en posada ó en venta ú hostería
(Huyendo con esmero de las malas)
Su curso cada noche detenía.

Parando en fin su rápida carrera
Del Támesis á orillas, congregadas
En una espaciosísima pradera
Huestes vió numerosas
Que, al compas de atambores y clarines,
Desfilaban delante de Reinaldo,
Honor de los mas nobles paladines,
De quien, si la memoria no me engaña,
Dije ya que venia
A demandar auxilios á Bretaña.

Salta á tierra Roger; á un caballero

Con quien topa, pregunta :

¿ Quién es aquella gente ?

¿ Adónde va ? ¿ qué causa allí la junta ?

Afable y complaciente

El caballero contestó : « De Escocia

« El pendon, como ves, aquí se asocia

« Al pendon de la Irlanda, al de Inglaterra

« Y al de las islas que su mar encierra.

« Terminada que sea esta revista,

« Partirán esas tropas á un paraje

« Donde hallarán aparejada y lista

« Una escuadra que en breve las transporte

« Del rey de Francia á socorrer la corte ;

« Mas, á explicarte voy sucintamente

« De donde y con que fin viene esa gente.

« El buen Leonelo de Lancaster duque,

« Fuerte, sagaz y entre los grandes grande,

« Es el que ves que blande

« Aquella gran bandera

« Que, ornada por la lis y el leopardo,

« Delante de las otras reverbera.

« Tres alas blancas sobre verde tiene

« La que tras él Ricardo,

« Conde de Wárich, tremolando viene.

« La del duque de Glócester la sigue.

« En ella, entre dos astas de venado,

« Media frente se ve. Sobre el brocado

« Del de Clarena un hacha resplandece ;

« En el de York un árbol aparece.

« Distintivo de Nórfolk es la lanza

« Que aquende ves en tres pedazos rota.

« Pintado un rayo en el pendon se nota

« Del buen duque de Kent. Una balanza

« La bandera de Súfolk representa,

« Y la de Pémbrok un grifon ostenta.

« En su pendon, al conde de Essex plugo

« Dos serpientes uncir al mismo yugo.

« Áurea guirnalda en campo azul adorna

« Del de Northumberland el estandarte,
 « Y náufraga barquilla
 « En la del conde de Arundelia brilla.
 « En blanco fondo un monte desgajado
 « Sobre el pendon se nota
 « Del marques de Barcley, á cuyo lado
 « Van los condes de Mark y Ricomundo.
 « Un pino, cuyo pié la mar azota,
 « Enseña es del primero. Del segundo
 « Eslo una palma. Un carro, una corona
 « Son divisa de Dórset y Dantona.
 « Un halcon, que en su nido
 « Extiende ambas sus alas, la bandera
 « Realza del de Dévon. La de Wigmor
 « En parte es verde, y amarilla en parte.
 « Del de Oxford es el oso.
 « El lebrel es de Derby. Cruz luciente
 « Distingue el estandarte
 « Del prelado de Bath, y silla rota
 « El de Ariman de Sómerset denota.
 « Son cuarenta y dos mil los que, de aljavas
 « Y de lanzas armados,
 « De sus corceles baten los costados.
 « Doble mas numerosos los infantes,
 « Obedecen á jefes arrogantes.
 « Cuatro estos son; y de ellos el primero
 « Es el duque de Búckingham, que lleva
 « Ceniciento pendon. Allá se eleva
 « Verde el segundo en torno á su caudillo
 « Enrique de Salisbury. El tercero,
 « De Hermando de Burgenia, es amarillo;
 « Y en parte azul y en parte
 « Es negro el de Odoarte,
 « Conde de Croisber. Por aquel lado
 « Ve cual agita un espadon de plata
 « En su garra el leon desmesurado,
 « Que, entre dos unicornios,
 « En el pendon de Escocia se retrata.

« Treinta mil escoceses
 « Manda su jóven principe Zerbino,
 « Que es duque de Rothsay, á quien no hay uno
 « Que en esfuerzo aventaje
 « Ni en nobleza de pecho y de linaje;
 « Que, al forjar tanta gracia y donosura,
 « Próvida el molde destrozó natura.
 « Lleva en azul una dorada barra
 « El conde de Otonley. Un leopardo,
 « Atado á la cadena, del de Marra
 « Es la divisa. De Alcabrun gallardo,
 « Que no es ni duque, ni marques, ni conde,
 « Sino de un clan selvático el primero,
 « En la bandera flota
 « De mil colores fúlgido plumero.
 « Aquel pendon do un águila se nota
 « Que, al sol mirando atenta, no vacila,
 « Es del duque de Strátford. De Lurcanio,
 « Conde y señor de Argila,
 « Es aquel donde brillan dos lebreles,
 « De un toro enorme cada cual al flanco.
 « El del duque de Albania los cuarteles
 « Muestra de azul y blanco;
 « Y un buitre que á un dragon á dar va muerte
 « En la del duque de Buckan se advierte.
 « Señor es de Forbes el fuerte Armano,
 « Que negra y blanca agita una bandera.
 « A su derecha mano
 « Marcha el conde de Erelia, que una hoguera
 « En verde campo tiene. De hiberneses
 « Dos huestes mas se advierten en el llano.
 « El de Kildar, de quien un pino ardiendo
 « Es el blason, conduce la primera.
 « Compuesta de feroces montañeses,
 « A la segunda manda
 « El conde de Desmundo, que carminea
 « Sobre blanco pendon lleva una banda.
 « Mas á lidiar por Carlos no tan solo

« Van los de Albion, de Escocia y aun de Irlanda,
 « Sino que allá del aterido polo
 « Los guerreros se ven. De Escandinavia,
 « De la Islanda y de Thule armados vienen,
 « Huyendo de la paz que en odio tienen.

« Mas son de mil los que encubiertos
 « De largo vello, bosques y desiertos
 « Abandonando, acuden á esta empresa;
 « Sus lanzas forman una selva espesa
 « Junto la pendon mas blanco que al nieve,
 « Que Morato, su jefe, blanda agora,
 « Y cuya blanca seda pronto debe
 « Ver salpicada con la sangre mora. »

Mientras Roger los nombres y señales
 De los guerreros de Bretaña escucha,
 Y las banderas ve bajo las cuales
 Se aprestan tantas huestes á la lucha,
 Por ir á dar á Carlomagno amparo,
 Atónitos pasmados
 Al contemplar un animal tan raro
 Hacia él acuden jefes y soldados;
 Mas Roger, que aumentar tan solo anhela
 La admiracion que advierte que procura,
 Monta, y á su véloz cabalgadura
 Hace á un tiempo sentir freno y espuela.
 Alzase, pues, y por los aires anda;
 La Inglaterra recorre y llega á Irlanda,
 Donde es fama que un santo anacoreta
 Un pozo abrió, cuya agua peregrina
 Contra todo pecado es medicina.

Así sigue su curso, y traspasando
 La mar que de la grande la pequeña
 Bretaña aparta, atada á dura peña
 Mira á la triste Angélica llorando
 Sobre el suelo fatal, isla del llanto
 Apellidada con razon, por cuanto
 Tanta y tanta infeliz en él vertiera.

Ya conoceis, señor, de que manera

Fué la hermosa doncella sorprendida,
 Y cual, bien que malvada, aquella gente
 Intacta le ofreció guardar su vida,
 Mientras dar otra victima pudiera
 De la foca á la cólera homicida.

¡ La hora fatal en fin sonó! Desnuda
 Cual vino al mundo expuesta en la ribera
 La virgen fué. De su beldad no cubre
 Velo alguno el tesoro delicado
 Que marchitar no es dado
 Al cano enero ni al ventoso octubre.

Linda estatua del mármol mas precioso,
 A la peña sujeta
 Por arte de pintor industrioso,
 Creyera ver Roger si, gota á gota,
 Por su seno correr no viera el lloro
 Y sus cabellos de oro
 Que alegre el viento á su sabor azota.
 A la vista de Angélica, en su pecho
 Se despierta el recuerdo de su dama.
 De amor á un tiempo y de piedad deshecho,
 Lágrimas casi á su pesar derrama,
 Y, de Hipogrifo deteniendo el vuelo,
 Con tierna voz de esta manera exclama:
 « ¡ Oh bella dama, cuyos tiernos brazos
 « De estrechar son indignos
 « Otros que del amor los dulces lazos!
 « ¿ Quién es el que, perverso,
 « De esas formas divinas

« Osa así mancillar el marfil terso? »
 De color la doncella entónces muda,
 Y al mirarse desnuda
 Delante de Roger, celar pretende
 Las partes que, aunque bellas en extremo,
 Al ojo humano la mujer no enseña;
 Pero, amarradas á la dura peña
 Las manos, ni encubrir siquiera pueden
 Su faz regada por copioso llanto.

Hablar quiere por fin ; y de quebranto
 Algunas breves voces se suceden ,
 Que interrumpidas son súbitamente
 Por un gran ruido que en la mar se siente.

Medio cuerpo en el agua y medio fuera ,
 Mayor que un buque muéstrase entretanto
 El monstruo horrible. Al fin de su carrera
 Se acerca ya , dejando á la hermosa
 Sobrecogida de dolor y espanto.

Una y mil veces con el asta dura
 Hiere Roger al monstruo que se acerca.
 Su cabeza es enorme ,
 Sus ojos y sus dientes son de puerca ,
 Y su testuz tan recia que no alcanza
 A penetrarla el hierro de la lanza ;
 Mas no por eso el desigual combate
 Abandona el guerrero ,
 Que por errar un golpe no se abate ,
 Sino que da un segundo y un tercero.

En esto , de Roger el monstruo viendo
 La imágen que en las ondas se refleja ,
 Su vacilante sombra persiguiendo ,
 Libre á la dama de la orilla deja.

Cual , desde el aire viendo
 Vibora que entre yerbas se desliza ;
 O que , tendida sobre peña toma
 El sol , que de colores la matiza ,
 El águila altanera se desploma ,
 Y , vueltas dando , evita cuidadosa
 El dardo de su lengua ponzoñosa ;
 Así Roger evita con esmero
 La boca de la fiera , y con su acero
 Y con su lanza pronta
 Entre las dos orejas en el cuello
 Y en el lomo escamoso siempre toca.
 Si la fiera se vuelve , él se remonta ,
 Y bajando despues de nuevo hiere ;
 Mas ; en vano ! que es dura cual la roca

La piel que ver atravesada quiere.

Cual hostiga al mastin mosca insolente
 Que , en torno dél zumbando ,
 Le pica ya en los ojos , ya en la frente ;
 No de otro modo el paladin valiente ,
 Al ver cual en su furia el monstruo infando
 Las aguas de la mar arroja al cielo ;
 Al verse envuelto en ellas , de manera
 Que decir no pudiera
 Si el aire surca ó si en las ondas nada ;
 Temeroso ademas de que , empapada
 Tal vez la pluma de Hipogrifo , el vuelo
 No le permita sostener ; seguro ,
 En fin , de la victoria como emplee
 El arma irresistible que posee ,
 Vuela á la playa. En manos de la virgen ,
 A fin de que sus ojos
 Resistir puedan del broquel al brillo ,
 Pone el precioso anillo
 Que Melisa le dió , y en la ribera
 Colocándose enfrente de la fiera ,
 Del mágico broquel levanta el velo.
 Semejante al del cielo ,
 Aparece otro sol. Despavorido ,
 Cual el pez en la cal , el monstruo queda
 Privado de sentido ,
 Y , por las olas de la mar lanzado ,
 Inmóvil va del uno al otro lado.

La dama , con acento dolorido ,
 En esto al bravo paladin recuerda
 Que conviene no pierda
 El tiempo de que tanto necesita.
 « Vuelve , señor , le grita ,
 « Mis lazos rompe , por piedad te ruego ,
 « Antes que el monstruo horrible se despierte.
 « Librame dél , y luego ,
 « Si quieres , dame entre las olas muerte. »
 Movido el héroe de su justa queja

Desátala. Montando
 Con ella en su bridon, de allí se aleja,
 Y, volviendo la faz de cuando en cuando,
 Cubre de ardientes ósculos su cuello,
 Sus ojos, y su frente y su cabello.

Presto, olvidando su intencion primera
 De dar la vuelta entera de la España,
 Detiene su carrera
 Sobre el peñon de la menor Bretaña
 Que mas entra en la mar. Sobre su orilla
 Una selva de encinas se levanta
 Do á todas horas Filomena canta,
 Y en medio della se descubre un prado
 Donde, entre dos colinas, se desliza
 Arroyo que lo alegra y fecundiza.

De ilusion y esperanza enajenado
 El jóven, al corcel allí detiene;
 Mas á oponerse viene
 La férrea cota á su anhelar. En vano
 Gran rato lucha por librarse della.
 Soltar queriendo un nudo, se atropella
 Y su agitada mano
 Ciento hace y ciento en vez de soltar uno.

Mas mi canto, señor, es ya muy largo.
 Para momento pues mas oportuno
 La comenzada narracion diffiero,
 Que fatigar vuestra atencion no quiero.



Roger y Angélica sobre el hipógrifo. (T. I, p. 166.)

ANTICUARIOS DE MADRID 1871
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO X" 15
 MADRID 1871 - ANTIQUARIOS DE MADRID